La crisis del nacionalismo vasco

Danilo TRELLES, corresponsal

La crisis latente en el seno del Partido Nacionalista Vasco, está a punto de estallar otra vez. Los que creyeron que con la caída del **Lendakari**, Carlos Garaikoetxea en diciembre del año pasado se habían resuelto los problemas políticos de aquella organización, no advirtieron que la coyuntura sólo disimulaba el conflicto de fondo, que se arrastra desde hace largo tiempo, y que los acontecimientos actuales incentivan cada día.

Casi desde su fundación el PNV, se ha caracterizado por una extraña combinación de populismo ideológico y de conservadurismo sociopolítico en difícil pero eficaz equilibrio. "El nervio populista —escribía el sociólogo Vasco Paco Unzueta— sin el que no se explicaría la enorme influencia del nacionalismo en sectores muy heterogéneos de la población, ha ido unido tradicionalmente al mantenimiento del objetivo independentista como horizonte utópico común, pero ese rasgo ideológico ha coexistido al menos desde 1898 —tres años después de la fundación del partido— son una práctica político posibilista de corte regionalista".

Estas contradicciones internas que se han mantenido en estado latente a lo largo de todo este siglo, han dado lugar a veces a conflictos abiertos, como la escisión que se produjo luego de la primera postguerra y que mantuvo dividido al partido entre la comunicación nacionalista y el PNV, escisión que duraría nueve años.

El conflicto que apartó del poder a Carlos Garaikoetxea fue una manifestación de estas contradiciones en las que se enfrentaron los problemas de competencias de la autonomía, con una vieja concepción del respeto a los derechos, conocida popularmente como ley de territorios históricos. En aquella oportunidad el **exlendakari** jugó sus cartas en favor de los derechos forales de Navarra, aunque muchos de sus oponentes arguyen que no lo hizo simplemente por una política de principos, sino porque allí se concentraban las mayores fuerzas en su apoyo.

Sería un error sin embargo, radicar allí exclusivamente, los factores de la crisis abierta en 1984 y que se continúa hasta ahora. Ella es debido sobre todo a que han coincidido una serie de factores disgregadores de la solidaridad nacionalista, que habían sido hasta ahora los elementos claves para que el proceso de unificación se mantuviese. En primer lugar, el triunfo electoral en el país vasco, determinó aquellos conflictos idelógicos latentes en un conglomerado social tan heterogéneo, aflorasen a primer plano en la hora de ejercer el poder.

Ya no es posible acudir simplemente a un nacionalismo, que sirve eficazmente en la hora de movilización de masas para las campañas electorales. Es necesario definir una política económica que de soluciones a la crisis, que resuelva el drama del paro, y que determine cuál es la posición que se adopta frente a los graves traumas que provocan una posición del gobierno central de apoyo a la OTAN y de mantenimiento de las bases. Encima de todo, el problema del "pacto de legislatura", cuyas conversaciones iniciales se inauguraron durante el gobierno de Garaikoetxea, pero cuya consumación se decidió, con asombrosa premura, tras de asumir el poder el nuevo **lendakari**, José Antonio Ardanza.

Todos estos elementos habrán de conjuntarse para conspirar contra una pacífica convivencia en el seno de un partido de tan heterogénea composición social, donde la política del gobierno vasco no podrán hacer otra cosa que incentivar las divisiones en la hora de concretar sus opciones, ya que los enfrentaran inevitablemente a unos a otras.

Mientras que en el periodo anterior era fácil la identificación del "enemigo común" puesto que la lucha estaba centralizada en la defensa del nacionalismo vasco, con la llegada al poder de los socialistas, esta identificación se hace más difícil. No puede negarse al existencia de un cambio substancial que permite la discusión de los problemas autonómicos en un esquema de discusión abierta.

Pero todo esto no significa que pueda aceptarse bajo el "paraguas" del "pacto de legislatura", un programa de recursos económicos que no le permiten cumplir con las transferencias de competencias que les han sido adjudicadas.

Mucho más difícil será embarcar en un plan de represión del "terrorrismo' de ETA, decidido por el gobierno socialista con el apoyo del PNV, a todo el pueblo vasco, por cuanto es notorio el apoyo popular que reciben a la comprensión que les dispensan algunos de los máximos dirigentes de ese partido. Xavier Arzallus ex presidente del PNV declaraba hace unos días: "nosotros no tenemos nada que ver con ETA. Ellos nos tachan de colaboracionistas y traidores.

Nuestras diferencias políticas están a la luz de día. Pero no me pidan que condene moralmente a sus partidarios. . . su impaciencia ante las palabras incumplidas, las torturas, la represión social por parte del gobierno, es comprensible. El intento de quebrantar su voluntad por la fuerza es del todo inútil. Es muy difícil vencer a quien está dispuesto a morir en cualquier momento".

Todos estos factores han coincidido con una situación de crisis de dirección en el Movimiento Nacionalista Vasco. El episodio de la renuncia de Garaikoetxea, al margen de revelar que estaba dispuesto a legar hasta sus últimas consecuencias en el pleito que lo enfrentaba con Xavier Arzallus, decidió la estructuración de dos sectores perfectamente definidos dentro del PNV. La disolución del sector crítico en Navarra consumada por el bloque oficial, no es sino la primera partida de una batalla, cuya definición es todavía confusa. Según un cálculo realizado por el sector crítico, que lidera Garaikoetxea, sus fuerzas acumulan 17 mil afiliados, es decir el 525 del total, frente a 16 mil 700, 485 que respaldan al sector oficial.

Si en la asamblea, convocada para el 23 de este mes, se decidiera la nulidad de la disposición sobre la expulsión de los Navarros, el sector crítico estaría en condiciones de lanzar una ofensiva para retomar la direción del partido. Si, por el contrario, se confirmase la medida, se habría dado un paso, acaso irreversible, para la división del partido.

La situación, como puede verse, no es nada halagueña para el partido nacionalista vasco, porque aún en el caso de que se evitase la escisión, los problemas que hemos esbozado más arriba y que son la causa profunda de la crisis continuarían vigentes.